



REDES VIRTUALES Y COMUNIDADES DE INTERNAUTAS: NUEVOS NÚCLEOS DE SOCIABILIDAD Y REORGANIZACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA

Rosalía Winocur*

A partir de los resultados preliminares de una investigación en curso, este artículo propone una reflexión sobre las posibilidades y limitaciones de la participación en Internet. Por una parte, se desarrolla la idea de que la formación de comunidades virtuales no representa un desplazamiento o sustitución de otras formas de organización y pertenencia, sino experiencias paralelas o complementarias a las tradicionales. Por otra, se sostiene que, a pesar de las limitaciones económicas y sociales que condicionan el acceso a Internet, la integración en redes, cadenas y foros de discusión puede constituir potencialmente microesferas públicas donde se debaten asuntos significativos para diversos individuos, grupos minoritarios y movimientos sociales.

From the preliminary results of an ongoing research, this paper puts forward a reflection on the possibilities and limitations of participating in Internet. On one hand, an idea is developed that the formation of virtual communities does not mean the removal or substitution of other forms of organization and membership, but instead new experiences parallel or complementary to the traditional ones. On the other hand, it is stated that in spite of economic and social limitations conditioning the access to Internet, the integration in chains, nets and discussion forums can potentially develop public microspheres where significant matters are discussed by several individuals, minority groups and social movements.

Palabras clave: Internet, realidad virtual, sociabilidad, comunidad virtual, alteridad, pertenencia, identidad, esfera pública, debate, participación, minorías, movimientos sociales, democracia virtual.

Keywords: Internet, virtual reality, sociability, virtual community, alterity, membership, identity, public sphere, debate, participation, minorities, social movements, virtual democracy.

Introducción

Hablar de comunidades virtuales en las nuevas condiciones del espacio público mediático implica referirse a las transformaciones que están

* Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

ocurriendo en las formas de sociabilidad urbanas y, también, a las posibilidades que los medios ofrecen para incluir y validar las necesidades de diversos grupos e individuos en la opinión pública. La retracción de los espacios públicos tradicionales, junto con la omnipresencia de los medios en las viviendas, afectaron considerablemente las formas de participación, las estrategias de inclusión en la esfera de lo público y las maneras de pertenecer. Ya no es necesario desplazarse al centro de la ciudad para manifestar públicamente el descontento o la adhesión a un movimiento, tampoco se requiere salir para entablar nuevas relaciones o solicitar apoyo emocional. El ámbito doméstico se ha convertido en el centro desde donde se tienden puentes con el mundo, desde la casa se puede llamar por teléfono a la radio para expresar una opinión, enviar un fax para realizar una denuncia, mandar un correo electrónico para responder en una encuesta, crear una comunidad virtual, integrar cadenas de solidaridad o tomar parte en un grupo de discusión.¹

La importancia y emergencia de este tipo de participación es indudable; sin embargo falta dilucidar cuál es su significado y alcance en términos de esfera pública y creación de nuevas formas de organización y solidaridad urbanas: ¿Hasta qué punto pueden considerarse espacios públicos de “traducción” y amplificación de las demandas y necesidades ciudadanas?, ¿consiguen ser ámbitos alternativos de las formas tradicionales de mediación entre ciudadanos y poderes públicos?, ¿representa una instancia de participación individual o colectiva?, ¿se trata de una opción alternativa o complementaria de otras instancias de consulta, participación, integración, opinión o demanda?, ¿qué percepción tienen los internautas acerca de su participación?, ¿cuáles son las motivaciones para utilizar el medio?, ¿qué expectativas les genera?, ¿y las denominadas comunidades virtuales, constituyen un medio sustitutivo, alternativo o complementario de otras formas de agrupamientos y modalidades de sociabilidad urbanas y, por último, ¿qué papel juega este tipo de participación respecto a las posibilidades de ampliación y democratización del espacio público?

En el marco de estas preocupaciones, iniciamos una investigación cualitativa sobre los usos sociales y políticos de Internet² con el objeto de: a) describir los rasgos principales de los circuitos más populares de participación y pertenencia que se forman en Internet, b) establecer la

¹ Según datos publicados por La Jornada, el 59% de los usuarios de Internet en México se conecta habitualmente desde su casa a la red. “Aumenta uso de la red. Acapara 50 sitios la publicidad a través de Internet”, 18/02/01, p. 20.

² Este artículo se basa en una investigación sobre los usos sociales y políticos de Internet que se está llevando a cabo dentro del proyecto Sociedad e Informática auspiciado por FLACSO y el Área de Investigación Básica y Documental del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana. A partir de entrevistas en profundidad a usuarios del chat y del correo electrónico que se realizaron en tres modalidades: vía chat, vía correo electrónico y cara a cara, se exploró la importancia de estos usos y contactos para la formación de circuitos que funcionan como redes virtuales de pertenencia.

naturaleza propia de estos vínculos a partir de reconstruir la experiencia de sus participantes en distintas modalidades de uso y apropiación, y c) determinar si estos grupos constituyen un medio sustitutivo, alternativo o complementario de otras formas de agrupamiento y modalidades de sociabilidad urbanas. Este ensayo, a partir del análisis de los resultados preliminares, sitúa de forma tentativa y exploratoria la creación y proliferación de comunidades virtuales, particularmente las de Internet, por una parte, vinculadas a los cambios que están experimentando las formas de sociabilidad urbana y, por otra, a las transformaciones que experimentó la esfera de lo público. En el primer caso se argumenta que la formación de estos grupos no constituye necesariamente un desplazamiento o sustitución de otros agrupamientos tradicionales, sino que más bien se viven como complementarios o posibilidades de ampliar las redes de familiares y amigos. En el segundo caso, se desarrolla la idea de que, si bien a partir de experiencias puntuales de participación y debate no se puede afirmar la naturaleza esencialmente democrática del medio, tampoco se pueden negar sus posibilidades para ampliar la esfera de lo público, ya que constituye una alternativa importante para la validación y divulgación de las demandas de diversos grupos minoritarios y movimientos sociales.

Modalidades de integración y nuevos sentidos de pertenencia en las comunidades virtuales

Del conjunto de la tecnologías mediáticas presentes en el hogar, el uso de Internet ha producido encuentros, contactos y formas de relación impensables antes de su aparición en el concierto de los medios. Estas nuevas modalidades de sociabilidad virtuales pueden conceptualizarse dentro de lo que Thompson denomina cuasi interacción mediática (1998: 282), refiriéndose al tipo de relaciones que se establecen a través de los medios donde se elimina la interacción cara a cara. No obstante, esta situación no vuelve inexistente el vínculo, sino que representa la condición de existencia del mismo: “La comunidad virtual [...] es una realidad de un tipo diferente, un estado intermedio entre realidad y abstracción, donde la simulación y el simulacro adquieren vida propia. La realidad virtual puede ser experimentada, manipulada o vivida como si fuera real” (Lins Riveiro, 1997:499). Tampoco está sujeta a marcos de referencia espaciales y temporales, pero no deja de ser real en la medida en que produce efectos reales en la formación de opinión pública y en la intersubjetividad colectiva, donde se combinan sentidos y representaciones múltiples de diversos universos simbólicos a nivel social e individual.

Como cualquiera puede advertir, los temas que circulan por Internet incluyen toda clase de asuntos y modalidades discursivas. Las posibilidades son tantas como capacidad tiene el ser humano para concebir, proponer, predecir, inventar, experimentar o recrear virtualmente cualquier aspecto vinculado al conocimiento, la sexualidad, la emotividad, la tecnología, el pasado o el futuro. No existe censura previa, ni límites en el tratamiento de la información o en el intercambio de experiencias, pero tal vez su aspecto más innovador sea el tipo de participación que la gente tiene en su producción, difusión y reapropiación, las expectativas que genera y las formas de relación y comunicación que propicia.

A través de los chats, los grupos de discusión y las cadenas de solidaridad, se integran comunidades virtuales que, según la definición pionera de Rheingold (1993: 5), constituyen “colectivos sociales que emergen desde la red cuando un número importante de personas discuten, durante un tiempo considerable y con la suficiente sensibilidad humana, asuntos públicos significativos con el objetivo de formar redes de relaciones personales en el ciberespacio”. También pueden considerarse lugares donde las personas cuestionan los pseudoimperativos de la realidad y contraponen a éstos experiencias alternativas de tiempo, espacio y relaciones interpersonales (Keane, 1997: 60). O, según Wilbur (1996: 13), son “el resultado de una práctica semicom compulsiva de checar ocasionalmente en todos los tipos de foros online”.

En cualquier caso, lo cierto es que promueven formas de agrupación inéditas e independientes del entorno más cercano, lo cual facilita que sus miembros se muestren más abiertos a realizar nuevas experiencias, aunque luego tiendan a estereotiparse y fragmentarse. Se caracterizan porque no guardan reciprocidad dialógica (Thompson, 1998), es decir se trata de un tipo de relación que no plantea ninguna de las exigencias de la interacción cara a cara: “Ofrece a los individuos una oportunidad de explorar las relaciones interpersonales de manera delegada, sin entrar en una red de compromisos recíprocos” (1998: 284). Los que intervienen en el vínculo casi nunca llegan a conocerse, y este hecho posibilita un tipo de intimidad a “la distancia” con otros que no comparten las mismas coordenadas temporales y espaciales. Sin embargo, la falta de reciprocidad, o la distancia espacial y temporal no constituyen obstáculos para su concreción; por el contrario, esto les da la oportunidad de concebirla unilateralmente sin tener que negociar sus términos, ya que disponen de un amplio margen para imaginarse al otro tal como quieren que sea: En el chat tú puedes estar hablando horas con alguien y tú te lo imaginas como quieras o como crees que es en realidad, pero no sabes ni siquiera si es cierto (Nancy, 38 años, empleada), y para presentarse, a su vez, tal como quieren ser vistos: ser por un rato algo que no es (Carmen, 17 años, estudiante).

En los chats y las denominadas comunidades virtuales la integración se organiza en redes que reúnen ciertos rasgos identitarios sobre la base de intereses o problemáticas comunes: adolescentes de Venezuela, lesbianas y gays de Argentina, ecologistas, fanáticos de fútbol, madres solteras, etcétera. Dependiendo de su objeto, algunas pueden ser muy cerradas y otras muy abiertas, algunas muy efímeras y otras duraderas, algunas muy volátiles y otras más estables, pero en todos los casos se puede entrar y salir, pertenecer o dejar de pertenecer cuantas veces se desee, sin que esto amenace la naturaleza del vínculo ni plantee ningún tipo de exigencias a sus miembros. Este hecho marca una diferencia fundamental respecto a las relaciones cara a cara; en la vida “real” sería poco probable que un joven de sectores populares accediera a una exclusiva discoteca de las zonas residenciales, y si lo lograra difícilmente se sentiría a gusto; de hecho su presencia sería detectada inmediatamente y lo tratarían con sospechas o lo aislarían. En la realidad virtual cualquier persona puede, en principio, acceder a todos los sitios sin peligro de marginación o estigmatización, puede, hasta cierto punto, hacerlo sin mencionar su nombre ni sus circunstancias, o cambiando algún aspecto de su personalidad, sexo, edad u origen social: A veces lo hago para evitar burlas, porque te digo que la gente se aprovecha de eso (Beto, 54 años, empleado de alta jerarquía). Sin embargo, suele suceder que, después de cierto tiempo de establecido el vínculo, quien toma una personalidad prestada, especialmente respecto a su escolaridad o edad, comienza a ponerse en evidencia por la forma de expresarse o las contradicciones que se adivinan en su discurso, y en ese momento deja de ser un interlocutor válido, lo que ocasiona el retiro del otro: Si tiene 14 años y te sale con alguna cosa que no va para su edad... de plano dices, no, no está diciendo la verdad y te sales (hombre, 28 años, profesionista). Pero este rechazo no provoca consecuencias, no es exhibido públicamente, no puede convertirse en objeto de discriminación, y no tiene mayor trascendencia, al menos no de la clase que importa, es decir frente a los que normalmente aprueban o desaprueban las acciones del sujeto en la vida real: pienso que sí es como una terapia para algunos que pueden llegar a decir lo que quieran sin que nadie los moleste o sin comprometerse a que algún conocido se entere de sus cosas íntimas (José Luis, 17 años, estudiante). No importa que los interlocutores sean severos o bondadosos en sus juicios, no los conocen, ni tampoco son conocidos; se puede tomar o dejar lo que ellos aconsejan sin sufrir consecuencias: hay más sinceridad en esas experiencias, porque hay menos implicación [...] a veces la verdad aflora con mucho mayor fluidez (56 años, empleada de alta jerarquía).

Aunque la mayoría de los contactos que se establecen en los chats son efímeros o temporales, los que logran trascender la frontera de los tres

meses quedan marcados por la ilusión de un encuentro en el plano de lo real. Si finalmente llega a concretarse, la mayoría fracasan, al menos respecto a sus intenciones originales (si eran novios virtuales se vuelven amigos reales o simplemente ya no se comunican más). Las expectativas formadas durante el intercambio virtual —cuando cada quien se construye al otro a su medida—, incluso cuando previamente han intercambiado fotos y datos “reales”, casi nunca coinciden con quien se presenta en el plano de lo real. Sin embargo, nadie se engaña sobre las posibilidades de éxito de estos encuentros, ni acerca de la verdad o falsedad de los datos que se proporcionan en un chat: tampoco hay que ser ingenuos, depende de lo que te digan o de lo que tú quieras creer (Jorge, 36 años, empleado).

Este tipo de comunicación, basada en lo que cada quien quiere mostrar de sí mismo independientemente del otro, puede considerarse una forma narcisista de inclusión en el espacio de los medios que no se conecta tanto con la soledad, como suele pensarse, sino con la necesidad de trascender el marco seguro, pero estrecho de las paredes de la casa: [fuera de Internet] tus posibilidades se reducen a lo que está inmediatamente a tu alcance, en el medio en que te desenvuelves (Mauricio, 23 años, estudiante). Lipovetsky sostiene, cuando se refiere a la proliferación de múltiples canales de expresión mediatizada, que éstos representan “la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos, la reabsorción lúdica del sentido, la comunicación sin objetivo ni público, el emisor convertido en el principal receptor [...] la posibilidad y el deseo de expresarse sea cual fuere la naturaleza del mensaje, el derecho y el placer narcisista a expresarse para nada, para sí mismo, pero con registro amplificado por un ‘medium’” (1993: 15). En el mismo sentido, la posibilidad de ejercer el anonimato no expresa el deseo de pasar inadvertido, sino, por el contrario, de ser más reconocido a partir de mostrar frente a los otros rasgos físicos o características de personalidad que se consideran socialmente aceptables o se desea poseer: Ser anónimo te puede proteger, ser otra persona, por ejemplo si eres gordito, puedes decir lo contrario y hasta sentir que eres otra persona (Manuel, 24 años). El hecho de poder realizar cambios en el sexo, la escolaridad, la personalidad, o la pertenencia social o étnica, se convierte en un vehículo ideal para que los sujetos proyecten aspectos negados o idealizados, liberen deseos reprimidos: ver qué se siente ser falsamente una mujer (José Alberto, 23 años, estudiante), o asuman prejuicios contra minorías raciales, sexuales o étnicas que normalmente se autocensuran: En persona es difícil que llegues con una tipa que no te gusta como se ve y la insultes, porque tienes riesgo físico de que te responda (Alejandra, 22 años, estudiante). Ejercer toda clase de pulsiones, manifestar deseos insatisfechos o liberar sentimientos agresivos, produce

un alivio que contribuye a desactivar la violencia, tanto la que se expresa como la que se reprime en el plano de las relaciones cara a cara.

Si todos pueden potencialmente simular ser otro, esto tiene consecuencias evidentes sobre la identidad y el sentido de la alteridad. El otro deja de ser alguien en particular para volverse imaginariamente muchos otros, mutar entre varios o volverse inasible entre las representaciones posibles. Esto provoca que la interacción, cualquiera que sea (aceptación, rechazo, negación, estigmatización, idealización, etcétera) no produzca efectos reales sobre el destinatario que, además, seguramente no es quien dice ser, puede multiplicarse o simplemente desaparecer. Tampoco se requiere su presencia para establecer la frontera entre lo propio y lo extraño, de hecho, esta frontera no existe porque no puede asentarse en ninguna de las condiciones que fincan simbólicamente al otro dentro de un espacio, un tiempo, una personalidad, una cultura o una clase social.

En Internet la palabra comunidad y el sentido de lo comunitario también han adquirido un nuevo significado, al punto de representar exactamente lo contrario. En el portal de Yahoo encontramos entre las opciones una que promete en forma instantánea la posibilidad de crear una comunidad a partir de intereses similares: “Cree su propia comunidad y encuentre a miles de personas con sus mismos intereses y pasatiempos”. En la realidad virtual, la comunidad no se finca en un territorio vinculado a un pasado, una cultura o biografías comunes, sino en contactos efímeros con personas que probablemente nunca se conocerán y que sólo las une un interés coyuntural; cuando éste se agota o cambia, la comunidad desaparece o se establece con otros. Asimismo, lo comunitario ya no alude a los fuertes lazos que se establecen a partir del compromiso impuesto por la tradición, los mayores o la necesidad de supervivencia, sino a los gustos y preferencias compartidas y escogidas libre e individualmente. Tampoco se rige por obligaciones morales, códigos o normas, ni tiene un pasado que la marque ni un futuro que la comprometa, cada quien puede fundar y refundar comunidades cuantas veces lo desee. A pesar de la proliferación creciente de este tipo de grupos y comunidades virtuales, no hay elementos para pensar que remplazan los vínculos familiares, las relaciones amorosas o las formas de sociabilidad tradicionales: Es una nueva forma, la considero más bien una alternativa, pero no la suplanta porque seguimos necesitando relaciones reales (Carmen, 17 años, estudiante). Más bien se ubican recreando idealmente espacios afectivos y recreativos que han entrado en crisis o cubriendo aspectos que resultan insatisfactorios: ha representado una alternativa para muchos, para muchos también es una única alternativa, pero yo la veo más bien como una posibilidad más, como una herramienta más de poder conocer a alguien o de hacer relación con alguien (Mauricio, 23 años, estudiante).

Este tipo de interacción abre nuevas formas de comunicación que circulan por canales paralelos y no obstante están intercomunicadas a nivel de los deseos insatisfechos o reprimidos, las pulsiones amorosas, las angustias existenciales, el deseo de trascender y la ilusión de control de lo que está fuera de nuestro alcance. En este sentido, cumplen una función de compensación importante, porque permiten tolerar mejor las limitaciones o frustraciones de los vínculos tradicionales: Es una nueva manera de relacionarse, yo creo que es como un buen trampolín para entablar relaciones, porque es una manera fácil de conocer gente (Ana, 18 años, estudiante), ampliar las posibilidades de encuentros y sortear ilusoriamente las dificultades y el tiempo que provocan los encuentros reales o la falta de ellos. Quienes participan de estas formas de relación se mueven en dos mundos de experiencia diferentes pero que no se viven como antagónicos sino complementarios. En realidad, la mayoría comprende claramente la frontera simbólica que separa estos mundos, “es la mera existencia de esta frontera, y la habilidad de cruzarla en mayor o menor medida a voluntad, lo que constituye parte del placer (Thompson, 1998: 288), y es precisamente esta habilidad la que les permite jugar con todas las posibilidades desplazándose de un lugar al otro.

La participación en Internet: posibilidades y limitaciones para ampliar y democratizar la esfera de lo público

El problema de la participación en los medios se ha concebido desde dos vertientes, una vinculada a la concepción de Habermas sobre el espacio público y otra relacionada con los medios comunitarios, particularmente la radio, en la perspectiva de la educación popular. En el primer caso, la idea de que la comercialización de los medios masivos de comunicación llevó a refeudalizar la esfera pública monopolizando el campo de la publicidad política (Habermas, 1994) puede ponerse en tela de juicio a la luz de las contradicciones que presenta la comunicación moderna. Cuando Habermas asocia mercantilización con estandarización y recepción uniforme, pone en duda que la publicidad dominada por los medios de masas pueda brindar a los ciudadanos oportunidades de competir y de cambiar el espectro de razones, temas y valores canalizados por influencias externas, y la oportunidad de abrirlos innovadoramente y de filtrarlos críticamente (1994: 34).

Una mirada más minuciosa (Mata, 1992; García Canclini, 1995; Morley, 1997; Silverstone, 1996; Ang, 1997, etcétera) de las instituciones de los medios muestra que el público puede participar en la producción de los mensajes de comunicación, renegociando sus significados, dirigiendo cartas

o correos electrónicos a los periódicos, llamando a la radio, o simplemente apagando el televisor o cambiando de estación. Asimismo, las campañas de algunos grupos pueden afectar profundamente la credibilidad de los medios, y por último, las nuevas tecnologías como Internet permiten la creación de canales con mayor capacidad de decisión y apropiación del flujo de información por parte de sus usuarios.

En síntesis, la relación del público con los medios no se establece a partir de una monopolización maniquea de los mensajes, sino en una relación de desigualdad entre condiciones de producción y recepción, que no inhabilita al público para ser crítico frente a los mensajes: tal desbalance no imposibilita al receptor para reaccionar autónomamente ante los mensajes, capacidad que varía de un momento histórico a otro y de un tipo de medio a otro (Avritzer, 1999: 86).

Sostener lo anterior no implica, como afirmó Habermas (1994), oponer una política de la esfera pública a una política del consumismo, en la cual la participación en la democracia se reemplaza por la participación en el mercado. Más bien se trata de entender que el estilo de vida asociado a la modernidad se edifica tanto en la apropiación, circulación y socialización del entramado de la información y el entretenimiento público, como en la participación masiva en el consumo de imágenes, objetos, e ideas: esta mezcla particular de lo público y lo privado, de lo individual y lo colectivo, del demócrata y el consumidor es lo que se forma en las actividades de la vida cotidiana (Silverstone, 1996: 121; García Canclini, 1995).

Los medios de comunicación electrónicos modificaron sustancialmente las condiciones en que se desarrolla el debate público; términos como diálogo, crítica, debate, participación, deben ser repensadas en el marco de la comunicación mediática. Internet constituye un escenario privilegiado para abordar este problema. A diferencia de otros medios, ofrece espacios —o genera la ilusión de hacerlo—, para el debate y la libre circulación de las ideas con la participación directa del ciudadano.

El segundo caso, la participación concebida desde la educación popular, se origina a finales de los sesenta con Paulo Freire. El famoso pedagogo proponía que el eje de la educación popular debía ser transformar las comunidades, grupos y organizaciones campesinas en actores y partícipes directos en la gestión y desarrollo de su propia educación. Dicha postura, con algunas variantes críticas, se ha mantenido hasta la actualidad orientando el trabajo de diversos grupos y organizaciones en comunidades campesinas o en barrios pobres de la ciudad. Este esquema —con ciertas objeciones que no es el caso discutir aquí—, sigue siendo válido para analizar el desarrollo de medios comunitarios en diversas realidades locales, étnicas, regionales y culturales, pero no puede trasladarse mecánicamente para estudiar la participación

en los escenarios de los medios masivos y comerciales. Es necesario definir la naturaleza de la participación de los medios a partir de considerarlos no sólo estructurados por la lógica del mercado, sino como espacios decisivos de reconocimiento social (Martín Barbero, 1999: 50). El problema en estas nuevas condiciones no es tanto poner en entredicho el papel y la legitimidad de los medios en la generación de nuevos espacios públicos, sino preguntarse hasta qué punto las transformaciones que introdujeron en la esfera pública empobrecen la vida pública, o, sí, por el contrario, ofrecen nuevos desafíos para reflexionar sobre la relación entre lo público y lo privado, y también las posibilidades de intervención de los ciudadanos en la definición y discusión de los temas de interés colectivo en la agenda de los medios.

La realidad indicaría que la esfera pública se ha fragmentado en varios circuitos interconectados. Estos circuitos no guardan una relación necesaria con un territorio físico determinado ni con las fronteras nacionales; están en permanente reconstitución y tienen una duración variable:

Hoy día se ha vuelto obsoleto el ideal de una esfera pública unificada [...] en lugar de ello, figurativamente hablando, la vida pública experimenta una refeudalización, no en el sentido en que Habermas utilizó este término [...] sino en el de la conformación de un complejo mosaico de esferas públicas de diversos tamaños, que se traslapan e interconectan y que nos obligan a reconsiderar radicalmente nuestros conceptos sobre la vida pública y sus términos asociados tales como opinión pública, bienestar público y la diferenciación público-privado (Keane, 1997: 56).

La clasificación de Keane acerca de las esferas públicas que establece la distinción entre mesoesferas, macroesferas y “microesferas” públicas, nos parece especialmente útil para pensar el problema de la formas de participación e integración en Internet:

Una esfera pública es un tipo particular de relación espacial entre dos o más personas, por lo general vinculadas por algún medio de comunicación (televisión, radio, satélite, fax, teléfono, etcétera) y entre las cuales se suscitan disputas no violentas, durante un periodo de tiempo breve o más prolongado en torno a las relaciones de poder que operan dentro de su determinado medio de interacción y/o dentro de los más amplios ámbitos de las estructuras sociales y políticas en los que se encuentran los adversarios (Keane, 1997: 58).

En el esquema de Keane una microesfera se constituye por cualquier forma de interacción donde eventual y potencialmente se puedan discutir o intercambiar opiniones acerca de asuntos de interés colectivo de diversos grupos, desde reuniones políticas hasta pláticas entre los niños sobre juegos de Nintendo. Aunque resulte cuestionable el ejemplo de que las pláticas de los

niños acerca de los video juegos constituyan una esfera pública, su definición ayuda a situar un conjunto de espacios de distinto tamaño y durabilidad, donde se producen intercambios entre los ciudadanos entre sí, y a su vez con los medios. En la perspectiva expuesta podemos considerar que todas las formas de encuentro propiciados por Internet entre los ciudadanos que se realizan con cierta regularidad pueden constituir eventualmente una esfera pública. Por su parte Ferry (1992) condiciona el carácter público de un tema de interés de ciertos grupos espontáneos o instituidos a la posibilidad de que tengan cabida en la agenda de los medios desde el momento en que esa manifestación parcial de la opinión se refleja y se difunde a un público más amplio, virtualmente indefinido, gracias a un medio cualquiera, participa del espacio público (Ferry, 1992: 19). En este sentido, también los circuitos que se forman a través de Internet pueden considerarse de carácter público. Algunos autores, incluso, se refieren a este espacio como ágora electrónica (Castells, 1998) para denotar las posibilidades que abre Internet respecto a la participación y el debate público. En el marco de la reflexión planteada, cabe preguntarse si el ideal habermasiano de esfera pública sigue vigente o no, si la participación puede ser real, imaginaria o virtual. En definitiva, si en los escenarios de los medios es posible hablar de un nuevo tipo de publicidad o de un viejo modelo de esfera seudopública (Silverstone, 1996: 120).

En la ciudad de México sólo el 20% tiene acceso a una computadora, y sólo 30%³ de los que poseen un teléfono se conectan a Internet. También es cierto que el desarrollo de una democracia virtual está limitado por el costo de las computadoras, el equipamiento y los servicios, el conocimiento de los códigos de funcionamiento, el nivel de escolaridad y el manejo del inglés (Lins Riveiro, 1997: 500). Estos datos determinan de manera contundente que el acceso a este medio es un privilegio, y sus usuarios constituyen una elite. No obstante su condición de elite, es necesario señalar que la pertenencia a la misma no depende necesariamente del origen social o el poder adquisitivo de una persona, sino de la posibilidad de acceder a una computadora. Poseer o manejar una computadora brinda la oportunidad de vincularse al universo simbólico de socialización de dicho medio que tiene sus propios códigos de iniciación, pertenencia y funcionamiento. Todos los jóvenes que están en algún sistema escolarizado, independientemente de su condición social, tienen potencialmente la posibilidad de conectarse a Internet en su casa, la universidad, o en un ciber café. También entran en esta categoría quienes trabajan en oficinas y empresas del sector público y privado, y obviamente los que están relacionados con algún quehacer académico, docente, intelectual,

³ Fuente: Encuesta del Grupo Reforma. El e-mail es el rey en México”, Reforma, 16/01/01, sección Negocios, p. 3.

profesional o comercial. Aunque los sistemas escolarizados y las exigencias de capacitación que plantean los empleos en las ciudades y poblaciones de mediano desarrollo, crean y facilitan ámbitos de socialización informáticos, éstos prácticamente no existen o están muy restringidos en zonas rurales, marginadas, indígenas o de muy baja densidad poblacional, y nada hace prever que esta situación cambie a corto o mediano plazo.

Por otra parte, tener acceso a Internet tampoco garantiza en sí mismo la igualdad de oportunidades para debatir; de hecho, muchos chats y grupos de discusión tienden a reproducir desigualdades que se dan en otros ámbitos de interacción. En un grupo de discusión no todos participan del mismo modo ni tienen las mismas oportunidades de expresar una opinión (Schneider, 1996), quienes poseen más habilidades retóricas o conocimiento de un tema monopolizan la discusión o establecen de manera arbitraria las reglas de funcionamiento y participación, lo que genera una estructura de poder de características específicas dentro del medio (Poser, 1996). Por último, aunque en principio cualquiera puede transitar en un lugar siempre que conozca las claves de acceso, en la práctica los internautas tienden a agruparse en circuitos diferenciados, y lo mismo sucede con los usuarios del correo electrónico o de los chats. Los intelectuales y profesionistas se reúnen en sus propias cadenas y grupos de discusión, y difícilmente otros, que no sean del mismo círculo o campo disciplinario, se integren o se muestren interesados en participar. De hecho, como todos hemos experimentado, las cadenas son circulares, y las que enviamos se nos terminan regresando. Esto plantea problemas para definir lo que es de interés público, porque aunque todos declaren la validez universal de los temas que discuten, en la práctica sólo se representan a sí mismos en ciertos asuntos que les competen por razones profesionales, políticas o culturales. Otros autores son más radicales todavía al señalar las limitaciones de Internet para democratizar el espacio público; incluso, en opinión de Martín Barbero, es necesario desenmascarar la ilusión de la democracia directa, que contribuye a generalizar la desconfianza en todas las formas de delegación y representación política:

el vacío de utopías que atraviesa el ámbito de la política se ve llenado en los últimos años por un cúmulo de utopías provenientes del campo de la tecnología y la comunicación [...] la más engañosa de todas, la democracia directa, atribuyendo al poder de las redes informáticas la renovación de la política y superando de paso las viejas formas de la representación por la expresión viva de los ciudadanos, ya sea votando por Internet desde la casa o emitiendo telemáticamente una opinión. Estamos ante la más tramposa de las idealizaciones ya que su celebración de la inmediatez y la transparencia de las redes cibernéticas lo que está minando son los fundamentos mismos de lo público, esto es los procesos de deliberación y de crítica, al mismo tiempo que se crea la ilusión de un proceso sin interpretación ni jerarquía, se fortalece la creencia de que el individuo puede comunicarse prescindiendo de

toda mediación social, y se acrecienta la desconfianza hacia cualquier figura de delegación y representación (Martín-Barbero, 2001: 32).

A pesar de las limitaciones señaladas, la participación en Internet no puede desestimarse, pues en muy corto tiempo ha crecido de manera sorprendente en número de espacios e impacto en la opinión pública. A diferencia de los periódicos, que se restringen al correo de lectores, de la radio, donde sólo unos pocos se atreven a llamar, o de la televisión, que se limita a los concursos o talks-shows, todos lo que tienen acceso a este medio intervienen potencialmente en la conformación de lo público, ya sea participando en una cadena de solidaridad, sumándose a una red de denuncia, enviando mensajes a diversos medios o respondiendo una encuesta de las que organizan los noticieros con el objeto de indagar la opinión de la gente sobre diversos temas de la agenda. Estas encuestas tienen la ventaja, y en ese sentido constituyen una novedad, de que nadie debe esperar para ser entrevistado al azar; basta con conectarse a Internet para opinar sobre un determinado tema. Todos los medios electrónicos e impresos han abierto sitios y proporcionado direcciones de correos donde se puede participar enviando mensajes de diverso tipo.

La gente usa Internet para diferentes fines que no pueden catalogarse estrictamente como públicos o privados, porque el que sean de uno u otro carácter depende de la perspectiva desde donde se analicen, para los actores, y sus posibilidades de trascendencia. Entre estos usos destaca la formación de grupos que funcionan como redes virtuales para compartir o brindar información de todo tipo, prestar ayuda en caso de emergencia, ofrecer asistencia legal, socializar los contactos que cada quien dispone con diversas instituciones o discutir acerca de asuntos de interés público, colectivo o que están en la agenda de los medios. Otras redes, que se hacen cargo de las necesidades específicas de sus miembros, se caracterizan por ejercer la solidaridad virtual como patrón de sociabilidad y la participación temporal de sus miembros. Lo que está detrás de este sentimiento de inclusión en los escenarios de los medios no es tanto una vocación de servicio público, sino la nostalgia de recuperar el edén perdido de los lazos comunitarios donde todos ayudaban y podían esperar reciprocidad:

yo tuve problemas de mucha emergencia porque me quede sin trabajo; mis amigos del chat salieron de inmediato a conseguirme contactos, a buscarme abogados, a buscarme asesores en Suecia, ... y así como un espiral la cadena de solidaridad fue creciendo frente a mi problema de desempleo (56 años, empleada de alta jerarquía).

Lo interesante de estos agrupamientos, o redes de información, es que su existencia, funcionamiento y visibilidad dependen por entero de

Internet, en tanto lugar de expresión, convocatoria y comunicación de sus acciones. Esta mutua dependencia genera una interconexión importante entre micro y mesoesfera pública, que interviene en la conformación de lo público, ya que la difusión de las necesidades de estos pequeños grupos produce una circulación y colectivización de sus intereses que incluso trasciende sus intenciones:

La acción colectiva no empieza necesariamente en organizaciones sino en grupos, redes, cadenas informales de gente interrelacionada [...] los niveles intermedios entre los individuos y la movilización organizada son extremadamente importantes para un entendimiento correcto de lo que transpira cuando la movilización real ocurre. Este parece ser el nivel preciso en el que los medios de comunicación masiva juegan el papel más relevante en la conformación de identidades colectivas o individuales (Melucci, 1999: 65).

Para concluir

Al comenzar nos preguntábamos si la creciente importancia de Internet en la vida personal, social, política, y académica de diversos grupos está transformando los modos tradicionales de organización y participación. Al parecer sí, pero no necesariamente en la dirección de desaparecer o de ser reemplazados, sino más bien en la ampliación de sus actividades o en la modificación de sus sentidos. Los grupos y redes tradicionales de pertenencia están cambiando, porque ya no pueden contener dentro de los antiguos códigos de relaciones la emergencia de nuevas identidades sociales, políticas, étnicas, sexuales, culturales y generacionales. En su lugar, proliferan una serie de grupos con intereses muy sectorizados que tienen como eje aglutinador las preocupaciones más inmediatas del individuo: la gestión u obtención de servicios, la ayuda mutua, el apoyo psicológico, la búsqueda de reconocimiento o el deseo de trascender a través de los medios más allá de las fronteras nacionales e institucionales donde se mueven habitualmente (Winocur, 2001). En muchos sectores, la necesidad de contención emocional o la reivindicación del derecho a la diferencia pueden ser más incluyentes como lugares de pertenencia que las formales referidas al ámbito de los derechos políticos como la nación, los partidos políticos o los sindicatos (Rosaldó, 1998; Appadurai y Holston, 1996; Young, 1996). Esta realidad se puede interpretar dentro de otra más general vinculada a los procesos de construcción y reconstrucción de las identidades en las grandes ciudades. La identidad ha dejado de ser una esencia cultural ahistórica e inmutable, para manifestarse en un conjunto de prácticas y representaciones en permanente redefinición de sujetos diversos que se mueven en espacios heterogéneos:

La homogeneidad del grupo o las características particulares de los territorios no son ya la base de la construcción de identidades vecinales. En las grandes ciudades estas identidades se construyen en la diversidad de los sujetos y de los entornos urbanos (Safa, 1998: 273).

Lo que se ha modificado no es el deseo de pertenecer sino el sentido y las formas de la pertenencia. Ser, o formar parte de uno, o varios grupos, ya no refleja sólo lo que nos permite diferenciarnos frente a los “otros”: cúmulo de representaciones compartidas que funcionan como matriz de significados que permiten definir y valorar lo que somos frente a los otros” (De la Peña y De la Torre, 1994: 25), sino la reivindicación de la validez de esas diferencias en el uso, demarcación y simbolización del territorio.

Lo anterior se expresa, en algunos casos, en la búsqueda de alternativas para adaptarse a las nuevas condiciones de existencia que impone la vida contemporánea —retracción de los espacios públicos, repliegue sobre la vida privada, omnipresencia de los medios, etcétera—, en otros, en la demanda por el reconocimiento de las diferencias sexuales, étnicas y culturales, y entre los más pobres, simplemente en la generación de estrategias de supervivencia. Los nuevos agrupamientos también ponen de manifiesto el esfuerzo de compensar las limitaciones de los lazos primarios, como la familia o los pares, presionados por la pérdida de sentido de las formas tradicionales de representación política, la crisis de las ideologías, y el retiro—o el fracaso— del Estado en la atención de las demandas básicas de diversos sectores de la población. En este contexto, formas viejas sirven para expresar nuevos significados, como vimos en el caso de las comunidades en Internet, y modalidades nuevas, como las redes y cadenas virtuales, funcionan a partir de recrear o incorporar viejos mitos, leyendas y utopías.

En la dirección planteada, la necesidad de establecer comunidades on line se puede entender, por una parte, como la recuperación ilusoria de los lazos comunitarios, pero en un formato light, que integre pero que no amarre, que contenga pero que no prescriba, que escuche pero que no juzgue, que ayude pero que no exija nada a cambio, en síntesis, que brinde sentido de pertenencia pero que no castigue ni margine a quien escoge salirse; y, por otra, como una manifestación explícita e implícita del deseo individual y grupal de lograr una mayor tolerancia y reconocimiento de las diferencias. De ahí que, la importancia fundamental de estas redes y contactos virtuales no resida tanto en su capacidad de multiplicarse o en su poder de convocatoria, sino en la proyección y validación de las necesidades de sus miembros, minorías o sujetos considerados desviados o problemáticos en sus ámbitos de pertenencia. Lo que allí se vuelve motivo de exclusión aquí se transforma en condición de pertenencia. La difusión de sus demandas provoca una importante transformación en la esfera pública: la exclusión privada y el

rechazo local se conviertan en aceptación pública, inclusión de la diferencia y globalización de la experiencia. Aunque constituyen una minoría, su importancia y papel no deben ser subestimados. Estos grupos, al igual que los movimientos feministas y ecologistas, promueven el reconocimiento de sectores particulares, “lo que les permite volverse efectivos si las demandas que enarbolan son suficientemente universales (Arato y Cohen, 1999: 51). Se suman a otras agrupaciones, ONGs, redes y movimientos emergentes para intervenir en los nuevos modos de construcción del discurso público y en la manifestación de nuevas sensibilidades y culturas políticas (Martín Barbero, 1998: 5). Asimismo, han ayudado a configurar una nueva agenda social cuya información abandonando el sesgo reductor que durante años impuso lo político sobre la totalidad de la vida ciudadana, descubre como ámbito estratégico de información los temas sociales y culturales (Martín Barbero, 1998: 5). En síntesis, hablar de esfera pública en el caso de Internet no define un espacio intrínsecamente democrático, sino un lugar de intercambio de experiencias de diversa índole, significativas en términos de la comunicación y socialización de los asuntos que competen a cada grupo.

recibido en marzo de 2001
aceptado en mayo de 2001

Bibliografía citada

- Ang, I., 1997, Cultura y comunicación. Hacia una crítica etnográfica del consumo de los medios en el sistema mediático transnacional, en Daniel Dayan (comp.), En busca del público, Barcelona, Gedisa.
- Appadurai, A. y Holston, J., 1996, Cities and Citizenship, en Public Culture, vol. 8, núm. 2, invierno.
- Arato, A. y Cohen, J., 1999, “Esfera pública y sociedad civil”, en Metapolítica, vol. 3, núm. 9, pp. 37-55.
- Avritzer, L., 1999, Diálogo y reflexibilidad: acerca de la relación entre esfera pública y medios de comunicación, en Metapolítica, vol. 3, núm. 9, pp. 79-94.
- Castells, M., 1998, “Espacios públicos en la sociedad informacional”, en Pep Subirós (comp.), Ciutat real, ciutat ideal. Significat i funció a l'espai urbà modern, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- De la Peña, G. y De la Torre, R., 1994, “Identidades urbanas a fin de milenio”, en Revista Ciudades, núm. 22, abril-junio, Puebla.
- Ferry, J. M., 1992, Las transformaciones de la publicidad política, en Ferry, J.M., Wolton, D. y otros, El nuevo espacio público, Barcelona, Gedisa.

- García Canclini, N., 1995, *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo.
- Habermas, J., 1994, Prefacio a la nueva edición alemana de 1990, en *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Ediciones G. Gili.
- Keane, J., 1997, Transformaciones estructurales de la esfera pública, en *Estudios Sociológicos*, vol. xv, núm. 43, enero-abril, México, El Colegio de México.
- Lipovetsky, G., 1993, Espacio privado y espacio público en la era posmoderna, en *Sociológica*, año 8, núm. 22.
- Lins Riveiro, G., 1997, "Transnational Virtual Community? Exploring Implications for Culture, Power and Language", *Organization*, vol. 4, núm. 4, Sage Publications, noviembre.
- Martín-Barbero, J., 1998, "Medios, modernidad y democracia en Colombia: transver- salidades", ponencia presentada en el seminario *Cultura urbana y comunicación masiva: Bogotá y México*, UAM-Iztapalapa, 3 y 4 de diciembre.
- , 1999, El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de re- presentación, en *Nueva Sociedad*, núm. 161, mayo-junio, Caracas, pp. 43-56.
- , 2001, "Televisión pública, televisión cultural: entre la renovación y la in- vención", en *Claves de Debate*, documento de discusión, Guadalajara, ITESO.
- Mata, C., 1992, Entre la plaza y la platea, en *Política y Comunicación*, Córdoba.
- Melucci, A., 1999, Esfera pública y democracia en la era de la información, en *Metapolítica*, vol. 3, núm. 9, pp. 57-67.
- Morley, D., 1997, La recepción de los trabajos sobre la recepción, en Daniel Dayan (comp.), *En busca del público*, Barcelona, Gedisa.
- Poser, M., 1996, "Cyberdemocracy. Internet and the Public Sphere", en David Porter (comp.), *Internet Culture*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Rheingold, H., 1993, *The Virtual Community: Homesteading on the Electronic Frontier*, Reading, M.A., Addison-Wesley.
- Rosaldo, R., 1998, "Ciudadanía cultural y minorías latinas en Estados Unidos", en Winocur R. (comp.), *Culturas políticas a fin de siglo*, México, FLACSO.
- Safa Barraza, P., 1998, *Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México*, México, CIESAS/UAM/Porrúa.
- Schneider, S., 1996, "Creating a Democratic Public Sphere Through Political Dis- cussion", *Social Science Computer Review*, vol. 14, núm. 4, Sage Publications.
- Silverstone, R., 1996, *Televisión y vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Thompson, J., 1998, *Los media y la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Wilbur, S., 1996, "An Archaeology of Cyberspaces, Virtuality, Community, Identity", en David Porter (comp.), *Internet Culture*, Nueva York y Londres, Routledge.

Winocur, R., 2001, Ciudadanos mediáticos, México, Gedisa (en proceso de edición).

Young, I.M., 1996, Vida política y diferencia de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal, en *Perspectivas feministas en teoría política*, Buenos Aires, Paidós.